

André Pieyre de Mandiargues

La motocicleta y los vehículos de los deseos

por Andrés de Luna

André Pieyre de Mandiargues es uno de los escritores que mejor han entendido la comunicabilidad erótica de las palabras. La estructuración de sus narraciones siempre es una evocación de la sensualidad, una sensualidad impregnada de texturas de cuerpos, de olores ocultos (gratos o no al olfato), movimientos ondulantes que pueden llevar a la excitación de los sentidos y, en fin, un juego hedonista que no se agota en su fluir y refluir. No se fatiga porque se renueva de continuo, es el descubrimiento de la fantasía, del sueño y de la realidad a la manera del conquistador o del aventurero que se inventa un nuevo continente o la isla paradisíaca. Mandiargues provoca el parto de la palabra erotizada.

La escritura erótica tiene raíces muy profundas en las mitologías, no existe un solo ejemplo de conciencia religiosa o ritual que no remita de inmediato al acto lúbrico. Pero, los giros circulares o concéntricos de lo erótico piden y requieren la renovación; sin ésta se está al amparo del hastío y

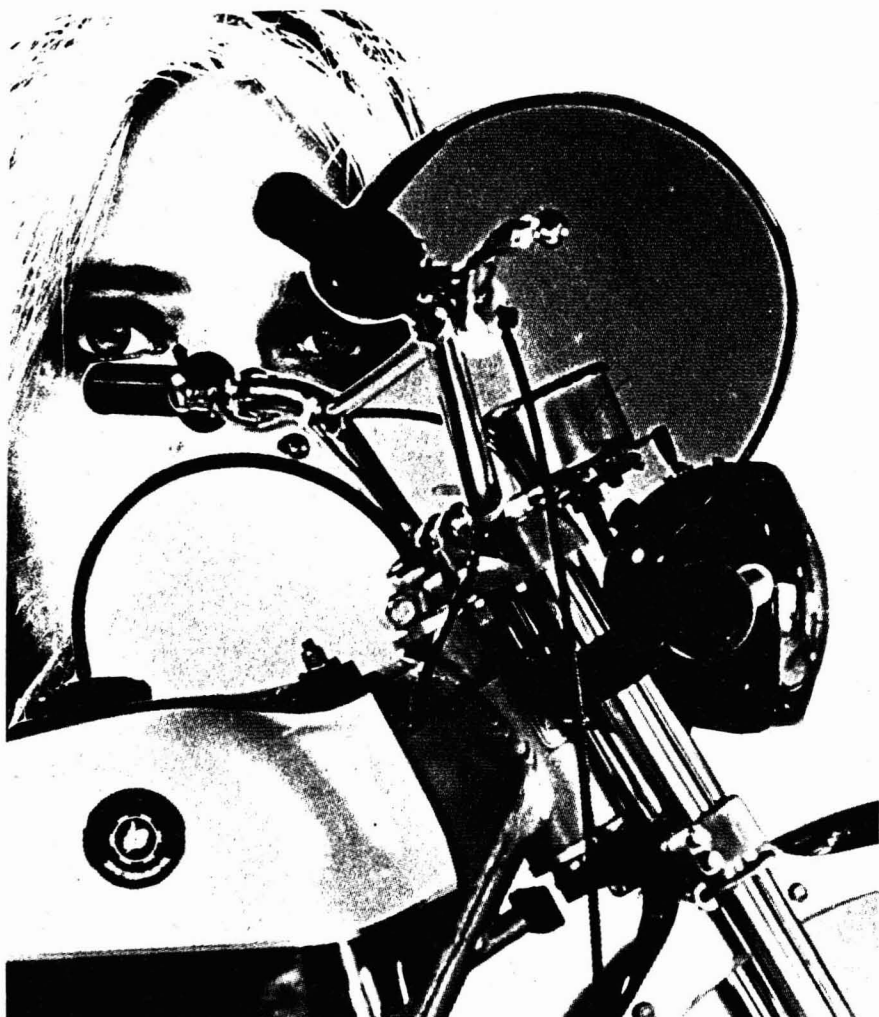
de la posible destrucción del movimiento, movimiento que es vital en las funciones eróticas. Lo estático es lo muerto, es el polo opuesto de la vida, lo hierático entraña la frialdad y el dolor de lo que ha perdido (aunque sea en forma temporal) la posibilidad del acoplamiento.

En *La Motocicleta*, André Pieyre de Mandiargues edificó una prosa absolutamente erótica; obra en la que nunca se acaban de dilucidar las opciones múltiples de la sensualidad. En uno de los párrafos se lee: "Igual que en el cine, se dijo, o en las historias impresas que no son sino reproducción de los sueños de un narrador, ¿por qué el hilo del sueño o el de la pura fantasía se ve tan a menudo cortado en el momento en que iba a producir la mejor parte del espectáculo, la emoción tanto tiempo esperada? ¿Por qué se le escapa a uno antes del desenlace?"

La novela de Mandiargues mantiene un movimiento persistente, un camino recorrido en una trayectoria hacia la destrucción. El personaje de Rébecca nunca encuentra la respuesta acerca de lo efímero del placer, se le escapa. Ella tiene conciencia de los recuerdos que se proyectan en su memoria, pero es incapaz de llegar a la comunión del placer con su amante Daniel.

La respuesta más viable que propondría la novela está dada por la temporalidad de lo real: si el presente es efímero el placer también lo es. El recuerdo devuelve la persistencia del placer, pero es un placer que se ha dilatado, que ha pasado por el raso de la reflexión, del raciocinio. La emoción, es ese estado anímico que provoca el vacío de los sentidos, un desquiciamiento que hace ajenos a sus partícipes. Es decir, el erotismo de *La motocicleta* está enfocado desde un punto de vista que no deja lugar a dudas respecto a que el verdadero gozo es una etapa posterior a la aparente consumación lúbrica. Rébecca evoca su pasmo ante el erotismo y se menea nerviosa en el sillín de su vehículo, en su "vuelta atrás", el pasado; racionaliza aquello que en su momento fue instantáneo, pues, la aprehensión verdadera la consigue a través de la retención de las imágenes y de las sensaciones evocadas. Su propio desvirgamiento está visto con una óptica muy distinta del suceso real: alcohol y sueño lo precedieron. Ahora, en plena vigilia, ella encuentra el placer auténtico al rememorar lo efímero. De esa manera, moldea sus vivencias eróticas *a posteriori*, pero al recordarlas las vuelve presentes.

Mandiargues construye el viaje de Rébecca como un deslizamiento, el mismo objeto (la motocicleta) es la inversión del amante. Daniel le da órdenes y ella obedece, ella conduce el vehículo con la certeza del rito: "la motocicleta le parecía siempre el último retoño de los grandes caballos fúnebres de los siglos pasados, y a poca velocidad la dirigía con amor y desconfianza como un ser vivo acostumbrado a las vastas extensiones del desierto o la llanura".



La sensualidad de las acciones de *La Motocicleta* tienen ejes de acción de diversa especie: Rébecca se levanta desnuda para vestirse, para entrar en relación con la exterioridad de los objetos. Ese *entrar a* es importante en la medida en que la prenda íntima, transparente y sucia, y el traje de cuero ("con el aspecto del despojo de un gran animal") son elementos simbólicos. La suciedad (recuérdese al Marqués de Sade) es uno de los alicientes para la participación erótica; entonces no es gratuito que Rébecca vaya a ver a su amante con ropa interior que ha usado en la víspera. Tampoco es un azar que Mandiargues compare el aspecto del traje con la imagen de una bestia.

La palabra colabora a integrar el discurso erótico. Para nadie es desconocido que sin éstas la acción pura y simple del ejercicio sensual y sexual no alcanzaría sus más altos niveles. La palabra es: siempre un recuerdo. Más aún, cuando la estructuración de un mensaje se puede volver del todo lúcida

y/o sombría de acuerdo a su empleo, pero siempre es fundamental.

La metáfora y las analogías de *La motocicleta* dan idea de un viaje que es movimiento y penetración; en ciertas pasajes se plantea el estrechamiento de la carretera, un estrechamiento dentro del cual se abre paso Rébecca en su afán por llegar hasta su amante. El periplo es la imbricación en los laberintos de una sexualidad que ha aflorado al entrar en contacto real con un tiempo futuro (la cópula con Daniel) que nunca llegará. El trayecto es el descubrimiento, el desvelamiento de esos ritos laberínticos impregnados de añoranza, de búsqueda de la inmediatez del placer que no acaba de ser satisfecho porque la muerte corta de tajo los recuerdos. Eros y Tanatos aquí están divorciados, el gusto por lo lúgubre en Rébecca es la aceptación de la ruptura con el erotismo. Aceptación contundente y dialéctica: la vida es la posibilidad del erotismo, pero ésta conduce a la muerte, es un círculo de retornos.

Mandiargues no se deleita con la descripción detallada de los cuerpos desnudos, lo que a él le interesa es la afirmación de una voluntad erótica que se mueve por medio de una mujer que es el centro de esas imágenes. La atmósfera es la que está recargada de sensualidad, los movimientos de Rébecca son fuente de un erotismo muy peculiar; el contacto con el traje, pesado y asfixiante, el contacto con una velocidad que la excita sensiblemente, el contacto visual con los sujetos que pueblan el camino, en fin las percepciones físicas, emotivas e intelectuales confluyen en el desbordamiento de los sentidos.

Formalmente *La motocicleta* es una novela contada con la maestría habitual de Mandiargues. Maestría que se encuentra también en *El margen* y en *La muchacha debajo del león*. Construida con un psicologismo sutil y con un enorme ritmo narrativo. Oraciones largas, párrafos de puntuación proustiana y languidez que recuerda a los mejores simbolistas.

André Pieyre de Mandiargues es uno de los hombres más directamente relacionados con el erotismo y su conocimiento, posee una de las más bellas colecciones de objetos lúbricos que existen en la actualidad; el cineasta polaco Walerian Borowczyk dejó testimonio de ésta en su cortometraje *Una colección particular*. Además es un admirador de Aubrey Beardsley y de Gustav Klimt, y, si vale la analogía, se podría afirmar que la concepción literaria de Mandiargues tiene mucho de la sensualidad decadentista de estos artistas plásticos.

Obra maestra de la literatura contemporánea, *La motocicleta* de André Pieyre de Mandiargues es una de las más sólidas ejemplos de arte erótico.

Así mismo, la novela justifica la tesis de su autor, al crear ese ámbito sensual por medio de su fantasía y su sueño, es decir: de recuerdos (inventados o no) que se estructuran en el encuentro con el erotismo y con la muerte.

